

Sólo cuando en los esplendores de la visión beatífica contemplemos á Dios frente á frente; sólo cuando la verdad se descubra ante nuestras almas, conoceremos el fondo de esos misterios.

Pero, ¿por qué atormentarnos con problemas insolubles, aquí, durante el transcurso de la peregrinación de la vida?

¡Pobres hombres! ¡Aún no sabemos si existen habitantes en otros mundos, y ya queremos saber el lugar que ocupan en el plan divino!

¡Aún ignoramos si Dios creó tales seres, ó si sólo existen en nuestra imaginación, y ya pretendemos adivinar su naturaleza!

Pero si por ignorar lo que ocurre allende el mundo cerrásemos los ojos ante las pruebas evidentes de la existencia de nuestra Religión santa, obraríamos con inconsciencia injustificable. Con inconsciencia que equivaldría (empleando una expresión vulgar) á cambiar la obscuridad por la sombra.

Permítasenos presentar un ejemplo:

Un médico hábil ofrece un remedio saludable y necesario á un enfermo que sufre en vísperas de la muerte.

El enfermo rehusa en absoluto tomar la medicina que puede sanarlo. La rehusa porque el pobre enfermo ignora si las islas de la Polinesia están pobladas, é ignora si los indígenas de tales regiones curan su enfermedad con la medicina que el médico le ofrece.

¿No llamaréis loco á semejante enfermo razonador?

Otro ejemplo:

Suponed un profesor que explicando un curso de Historia habla, con pruebas en la mano, de las memorables expediciones militares de Carlomagno ó de Aníbal, ó de Alejandro, ó de César.

En esto, un alumno, á quien no interroga el profesor, le interrumpe gritando con indignación que atur-

de á sus condiscípulos: «Todos esos son cuentos inventados á placer; descripciones de abuelos; fábulas infantiles».

—¿Cómo demostraría usted la falsedad de mi enseñanza? —le pregunta el maestro.

—¿Cómo?... ¡Ah! Es que probablemente hay habitantes en la Luna, en Marte, en Júpiter, en innumerables planetas que gravitan en torno de miriadas de soles. Y si hay habitantes, parece que usted lo ignora al no hablar de ellos. Y si existen... también por las mismas razones que usted alega, algunos de ellos habrán sido Anibales, Alejandros ó Césares. Pero, como no está demostrado que existan, no podemos creer en ellos, y no estando probado que hayan sido en los astros más afortunados, tenemos derecho á dudar de su existencia en la Tierra; nos es lícito pensar que la Historia miente y que usted nos engaña...

Un discípulo así... ¡merecería ser apaleado!...

¡Acaso son más razonables los que niegan el dogma de la Encarnación del Verbo, á título de que es posible que otros planetas estén habitados, y porque no sabemos cuál es la naturaleza que Dios otorgó á esos seres hipotéticos.

CAPITULO V

El centro del mundo físico y el centro del mundo moral.

I

¿PUEDE LA ENCARNACIÓN DE DIOS SOBRE LA TIERRA, APROVECHAR Á LAS HUMANIDADES ASTRALES?

Posible es que los razonamientos precedentes traigan á la mente de algún lector el recuerdo de los antiguos errores.

Tal vez nos digan: antiguamente se creía que la Tierra era centro del Universo físico; se la suponía la más importante parte de la creación; y ahora... la queréis hacer centro del mundo moral...

«Por el hecho de la Encarnación dáis á este pequeño mundo importancia excepcional, porque es consecuencia de vuestras afirmaciones que todas las poblaciones astrales, ó al menos la mayor parte, deben depender de nuestro mundículo; deben hallar en la tierra el principio de su salvación eterna, la fuente de las gracias que necesariamente desean alcanzar.»

No hemos dicho semejante cosa; pero esa objeción aparente no tiene la fuerza que nuestros adversarios le atribuyen.

Ignoramos, en efecto, la razón por la que Dios obró en la Tierra la Encarnación y no en otro mundo, suponiendo también que sea cierta la hipótesis de que existen varias humanidades pecadoras, y que fué voluntad de Dios redimirlas por una sola Encarnación.

Indudablemente, Dios es tan libre de elegir el teatro de su inmólación, como lo fué de elegir el Monte Calvario mejor que el Sinaí, el Tabor, los Alpes ó los Pirineos.

Pero después de hallarse probado de modo irrefutable que la Encarnación de Dios tuvo lugar en la tierra, ¿tenemos derecho á calificar de mito la Encarnación, en vista de que el prodigio se operó en la Tierra, pudiendo haber acaecido en otro globo de los que pueblan la inmensidad?

Tal razonamiento sería inadmisibile.

¿Qué pensar, pues, de un habitante de la Palestina que rehusara reconocer al Mesías á pesar de sus milagros y de las pruebas de su divinidad, por el solo motivo de que Cristo pudo nacer en Roma ó en Londres mejor que en Betlém?

No razonarían mejor los incrédulos modernos que

rechazaran el dogma de la Encarnación á pretexto de que no tuvo también lugar en los demás mundos.

¿Acaso demostrará nunca la Ciencia que una sola Encarnación es insuficiente para redimir varias razas humanas pecadoras? No lo demostrará. Tamaña cuestión es del dominio de la Teología. La Ciencia es incompetente para estudiarla ó resolverla.

Y precisamente la Teología católica afirma lo contrario, formulando sus ideas por medio de su más autorizado intérprete, por el príncipe de la Ciencia eclesiástica, por boca de Santo Tomás de Aquino, cuyas palabras han pasado á la liturgia sagrada.

Una sola gota de sangre divina—dice el doctor angélico—basta para purificar de las más horribles manchas mil mundos.

Del mismo modo piensa la Iglesia universal. Y estando demostrado el hecho de la Encarnación, es evidente que hasta los más pequeños actos del Verbo encarnado tienen necesariamente mérito infinito.

¿No llega el poder divino á realizar varios fines con un solo acto?

Todo es lo que Dios quiso que fuera. Así las estrellas brillan en el cielo, circulan en el espacio, son tal vez centros de sistemas planetarios, hogares de vida, y nos prestan servicios de utilidad innegable.

Las estrellas, con la Luna y el Sol, sirven para diferenciar el tiempo y medirlo; determinan, cual lo dice el Génesis, nuestros años, meses, estaciones y días.

El navegante mira las estrellas orientándose en la inmensidad cuando camina perdido en las ondas.

Las estrellas realizan á un tiempo varios fines. Pues, así mismo, aunque Dios por la Encarnación se dió al hombre todo El, esto no quiere decir que Dios «sea» sólo para el hombre.

En efecto; la Revelación nos enseña la existencia

de innumerables miriadas de criaturas inteligentes; hoy bienaventurados y ayer sujetos á la tentación.

Dios se comunica con los bienaventurados de manera inefable, concediéndoles el goce sin igual de la visión beatífica, de la bienandanza eterna que será otorgada á los buenos cuando su alma pase á mejor vida.

Dios puede comunicarse, hasta enteramente, sin agotarse en modo alguno. Dios no empobrece, no pierde parte alguna de sus riquezas cuando enriquece y sublima á multitud de seres.

Y así, Dios tiene el poder de darse por completo á una raza de criaturas, sin que por ello los seres de esa raza tengan derecho á creer que Dios se ocupa exclusivamente de ellos.

Pretender lo contrario sería formar baja idea de Dios; sería confundir el espíritu con el cuerpo; sería incurrir en error, imaginando que los dones de Dios son algo como cosa material, tangible y mesurable; sería creer que cuantos más son los bienaventurados, menos parte de bienandanza corresponde á cada uno.

¿Acaso en la misma Tierra nos alumbran ó calientan menos los rayos del Sol, cuando en vez de gozarlo á solas nos hallamos cerca de otros seres que también disfrutan de las caricias del astro?

¿Por qué, pues, ha de ser menor el poder del Sol divino con relación á nuestra humanidad y á las humanidades astrales, si éstas existen?

Si Dios se nos da por completo, recibimos tanto como entre todos los mundos siderales juntos; y cada uno de ellos, á la vez, recibe tanto como nosotros.

II

LA ACTIVIDAD FÍSICA DE DIOS.—SU SOLICITUD CON RESPECTO Á TODAS LAS CRIATURAS EN GENERAL Y CON CADA UNA DE ELLAS EN PARTICULAR.

Se dice que la Tierra no es un gigante entre los innumerables globos que ruedan en la inmensidad; que la Tierra tiene en el inconmensurable espacio menos importancia que una humilde hoja en un bosque extenso, ó que un grano de arena en las orillas de los océanos.

Todo eso se dice, y lo admitimos de buen grado. Pero porque Dios se haya dado generoso á nuestra humanidad humilde, no es lícito ni tolerable pensar que desprecia á las restantes humanidades que pudo crear.

Si la humanidad, con la relatividad de sus facultades no siempre puede atender al mismo tiempo á la realización de más de un acto, Dios, poderoso sin límites y omnisciente, puede estar á un tiempo en «todos los lugares» y «todo» en cada uno de ellos, y en cada una de sus partes.

Dios es infinito en todas sus obras, así en las más grandes como en las que parecen más modestas. La mosca ó el insecto son, en su especie, maravillas tan asombrosas como los más resplandecientes y admirables soles.

Y Dios vela en particular sobre cada ser, cual si sólo tal ser fuera único objeto de sus cuidados.

Dios dirige la marcha de los astros, y atiende, al mismo tiempo, al átomo que aplastamos con el pie sin sentirlo ni verlo. Dios preside las grandiosas manifestaciones de las terribles fuerzas de la Natu-

raleza; Dios desata el rayo y desencadena el huracán; Dios da á cada flor el colorido que la embellece y el aroma que la embriaga; Dios pone en el tallo de cada yerba la sabia que la vivifica; Dios, en una palabra, abraza con su mirada la Creación entera, el conjunto de todo lo creado, y hasta, en especial, el menor detalle de cuanto existe.

Su providencia se extiende á todo; su poderoso brazo sostiene infatigable millones de mundos.

Suponed mil y mil planetas, soles y astros de todo género, más de los que conocemos; suponed que los vemos gracias á los telescopios que aún no han descubierto todo el contenido del espacio inmenso; ampliad, si os place, las fronteras del Universo; imaginad nuevas é innumerables legiones de mundos de cualquier tamaño, y... tened la seguridad de que Dios puede abarcar perfectamente en su pensamiento divino todos esos mundos, astros, soles y planetas que imaginéis.

Cuando la Ciencia humana no pudiera contarlos, Dios los conocerá infinitamente mejor de lo que vosotros queráis conocerlos.

Dios atiende á cada globo celeste en particular; de suerte y manera, que cada uno parece objeto exclusivo de su solicitud infinita y como si los demás no existieran ni reclamaseñ su atención.

¿Qué dificultad puede, por lo tanto, oponerse á la creencia de que Dios prodigó á los habitantes de nuestra Tierra testimonios de bondad y amor tan infinitos, que jamás pueda la débil inteligencia humana medir ó presumir su grandeza?

En efecto; la obra de la Redención es obra de justicia, de misericordia y de amor infinitos. Jamás se pudo esperar ni creer verosímil que Dios permitiera el sacrificio de su Unico Hijo para salvar esclavos rebelados.

El de la Redención es misterio impenetrable. Pero amando Dios al hombre, ¿cómo había de amarle sino con amor infinito? Así es por lo que este amor se manifiesta en actos que, como el infinito á lo finito, depasan en grandeza á la mayor que pueda imaginar nuestra inteligencia.

Tal vez dude alguno de que Dios ama al hombre. ¿Por qué semejante duda? Si no fué obra indigna de Dios sacar de la nada al hombre, tampoco lo es el acto de amar al hombre. ¿Acaso Dios no quiso ser llamado «Padre que estás en los cielos»? ¿No es obra natural en los padres amar á sus hijos?

Dios tiene inteligencia. ¿Por qué no ha de tener también corazón?

Luego el amor de Dios para las criaturas es posible; y si existe, es infinito, cual todo lo que de Dios procede; es amor sin límites, cual sin límites la ciencia divina.

Preciso es, pues, que encierre maravillas incomparables el amor que Dios tiene á las criaturas. Dios las ama hasta olvidarse de sí por amarlas. Dios puede olvidarse de sí, en cierto modo, y por el objeto amado. Puede olvidarse de sí, igual que puede darse é innolarse en gracia del objeto amado.

—¡He ahí un misterio!—diréis tal vez.

Ciertamente ello encierra un verdadero misterio. Pero si el corazón humano guarda misterios, ¿por qué no ha de guardarlos el corazón divino?

Si pues otros globos celestes son albergues de vida intelectual—como muchos lo piensan.—Dios pudo y puede manifestar á sus habitantes su Misericordia, su Bondad y su Amor por medios de variedad infinita, de los que indudablemente no tenemos idea alguna.

Si la actividad física divina depasa todos nuestros cálculos, vista la creación y el gobierno de tantos

mundos, que ni aun conocer su número nos es dado, no son menos profundos los abismos del corazón de Dios; del santo corazón que encierra los misteriosos secretos y las inagotables riquezas de un amor insondable!

III

LA UNIÓN DE LOS MUNDOS POR LA ATRACCIÓN EN EL ORDEN FÍSICO Y EN EL ORDEN MORAL

Aunque los mundos se hallan separados por distancias que hoy no podemos franquear, están todos ellos unidos por los vínculos permanentes de la atracción.

¿Existirán igualmente, y uniendo los vínculos de orden más elevado, lazos morales, suprasensibles, pero reales?

Fácil es—cual antes hemos dicho— fácil es que el sacrificio de la Cruz, ofrecido en la Tierra, haya aprovechado á los habitantes de otros mundos, suponiendo existan; y también, en tal supuesto, es fácil que si los habitantes de otros mundos no necesitaron de la Redención, por no haber caído en pecado, se interesen por nuestra suerte.

Quizás nuestra perseverancia en los caminos de la salvación debe proporcionarles, más tarde, una especie de complemento de felicidad parecido al que tal vez un día último nuestra felicidad eterna por la visión de nuestros hermanos celestiales, gloriosos y transfigurados.

Del hecho de que nosotros ignoremos las maravillas que Dios ha regalado á los supuestos habitantes de los mundos celestes, no se deduce que ellos ignoren igualmente las que en la Tierra han tenido lugar.

Si ellos conservan su inocencia original, habrán quizás recibido una Revelación más explícita que la que nos beneficia.

Antes de su caída, nuestros primeros padres hablaban familiarmente con los ángeles y con el Creador. Tal vez, pues, otras razas venturosas gocen aún de análogo privilegio y conozcan por Revelación directa el conmovedor misterio de la Encarnación.

Tal vez por virtud de la Revelación del gran misterio de la Encarnación los habitantes de otros mundos concedan al nuestro importancia excepcional.

Ocurrirá en dicho caso en el conjunto de los mundos un fenómeno análogo—siquiera mil veces más grande— al que aquí ocurre cuando pueblos y pueblos tienen la mirada pendiente de un punto de la superficie terráquea donde se desarrolla una escena que atañe ó interesa á millones de hombres.

Y así, es fácil que todas las poblaciones astrales, ó al menos la mayor parte, tengan la mirada y el pensamiento pendientes de este mundículo, donde seres débiles ó ingratos han osado rebelarse contra el Dios inefable, cuya infinita majestad conocen mejor que nosotros.

Las naciones siderales conocerán los admirables inventos de la soberana Sabiduría, las admirables obras por las que el Dios ofendido y bueno infinitamente quiso mostrar á un tiempo su poder sin límites, su justicia inflexible, su indescriptible Misericordia y su Amor inmenso.

Si el misterio de la Redención verificado en la Tierra, mostrando las perfecciones divinas, no hubiese tenido otro fin que salvar á los descendientes de Adán, aún podría ser para los habitantes de los mundos celestes objeto de contemplación ó motivo de éxtasis confortador.

Si nosotros sentimos júbilo estudiando la Natura-

leza, ¿qué felicidad no experimentarán las supuestas razas inteligentes de los demás mundos, cuando estudien las perfecciones divinas que se manifiestan en la Redención y en las admirables obras del Dios omnisciente?

La consideración de tales goces ha inspirado al gran poeta Klopstock los hermosos versos de su *Mesiada*, cuyo es el siguiente pasaje, que nos permitimos traducir, siquiera temerosos de que la traducción desfigure la incomparable belleza del poema.

El poeta describe á Cristo, vencedor de la muerte, volviendo á su reino, ascendiendo á los cielos rodeado de legiones de espíritus bienaventurados y hombres que resucitan.

Los pobladores de los diversos mundos contemplan el paso del triunfal cortejo y unen sus aclamaciones á las de los santos, que celebran la victoria del Mesías.

«Cantad su gloria— dicen — Soles y Mundos. Y vosotras, ¡oh estrellas silenciosas que atravesáis el centelleante camino que él eligió para volver á su Padre! ¡Oh estrellas!: que el eco de vuestras orillas repita los salmos con que la Naturaleza perfuma su paso...

»Océanos de la Luna, océanos de la Tierra: haced oír el murmullo de vuestras olas. Que ese murmullo se eleve y se una á la armonía estelar, llevándole sus dulzuras, como la brisa al agitar las palmeras lleva consigo el dulce murmullo de arpas lejanas.

»¡Oh, legiones de astros, cuyo número sólo Dios conoce: cuán imponente y soberbia es vuestra marcha! ¡Para anunciar la gloria del Salvador, vuestros rayos hirvientes se funden con los haces de la luz divina, guardián terrible del santuario de los cielos!»

Y las poblaciones astrales, dirigiéndose á los que fueron redimidos con la sangre del Divino Cordero, continúan diciendo:

«Lo encontraremos, aunque jamás vacilamos al borde del precipicio que encierra la condenación y la muerte y donde se vierte el cáliz de la cólera divina...

»No hemos experimentado jamás las punzantes emociones del náufrago á quien la ola iracunda le deposita en arenosa playa cubierta de flores, en vez de estrellarlo contra las rocas de la orilla.

»Nuestro pueblo, limpio y puro, jamás pecador, no necesitaba la sangre Redentora; por vosotros es por quienes derramó su sangre. ¡Oh, divino Mesías, que los santificas con tu bendición!...

»La nada destruirá los mundos y velará los cielos, antes que se seque el río de tu eterna misericordia!

»¡Ese río es inmenso como el infinito! Sus ondas murmuradoras se precipitan en la Creación, de Mundo en Mundo, de Sol en Sol!...

»Y los habitantes de las esferas de la inmensidad escuchan arrebatados el divino murmullo; y todos van á buscar la salvación eterna en sus inagotables ondas!» (1).

¡Canciones de sublime armonía!

Los modernos descubrimientos han dado ocasión al poeta para extender su vuelo. Y con lirismo inimitable, muestra las relaciones que el dogma de la Redención puede tener con la tesis de la pluralidad de los mundos habitados.

Esos nuevos puntos de vista, en vez de atacar la obra del Mesías ponen de relieve frutos que antes no se concibieron, y nos permiten comprender mejor la inmensidad del imperio de Cristo, Verbo encarnado, Salvador de los hombres y Dominador universal.

Esas grandiosas hipótesis nos descubren horizontes magníficos; y el corazón se dilata en ellos, y nuestros

(1) «*La Mesiada*», canto XII.

ojos atónitos y maravillados aprecian mejor la Bondad divina y la Majestad indescriptible.

Así, pues, si sólo tuvo por fin la Encarnación del Verbo el rescate de un sólo mundo, será quizás más conmovedora que si hubiese debido redimir á la vez mil humanidades pecadoras.

En aquel caso, nos asombraría más la Misericordia de Dios; nos asombraría verle prodigar los tesoros de su corazón paternal y la sangre de su Hijo, para salvar una raza culpable; tal vez la única raza que prevaricó; la única entre todas las que viven en los innumerables globos planetarios.

Las excelencias de la Redención no se deducen del número de seres á los que se aplica. Las excelencias de la Redención se desprenden del hecho de la inimaginable Misericordia de Dios, que entrega su hijo á la muerte para rescatar un esclavo rebelde.

Tal prodigio de amor divino pudiera ser tema del himno de alabanzas que en la eternidad sin fin canten en honor del Altísimo las miríadas de naciones siderales que pueblan los planetas de la esfera celeste.

Y en tanto que los mundos se hallan encadenados entre sí por los vínculos de la atracción, gracias á la cual forman un todo físico; en tanto que eso ocurre, la humanidad, en otro orden, formará parte del gran todo moral, en vez de vivir aislada de la inmensa familia de seres vivientes, y en vez de constituir una insignificante raza solitaria.

Y en semejante caso, nuestro destino supremo estará íntimamente ligado al de nuestros hermanos, aún desconocidos, habitantes de lejanos refugios que, en la calma de las noches transparentes, nos envían algún beso de luz confortadora.

CONCLUSIÓN

Es enigma indescifrable para la razón abandonada á sus propias fuerzas conocer el número de mundos que pueblan el espacio, sitios á inconmensurables distancias unos de otros. Pero el enigma deja de serlo cuando la inteligencia recurre á la fortificante ayuda de la Revelación. Porque la palabra de Dios, lejos de contradecir á la razón humana, la fortalece y la guía.

En cambio, los racionalistas quedan atónitos y suspensos frente á los maravillosos descubrimientos de la Astronomía que demuestran la inconcebible grandeza de la Creación. Para ellos, ver la Creación es como mirar un libro elocuente y abierto. Ven el libro ¡pero no saben leer!; ¡no aciertan ni á recorrer alguna de sus páginas!

Dios manifiesta al racionalista en aquella obra sublime gran parte de las divinas perfecciones; pero el racionalista miope sólo ve una; quizás únicamente la ve borrosa; ve la inmensidad de la obra; apercibe en consecuencia la grandeza del obrero; y no pasa de ahí, porque aquella inmensidad y esta grandeza... le anonadan.

Entonces el racionalista cae en marasmo; cierra el libro; no tiene valor para leerlo; es un libro que confunde su mísera imaginación y extravía su inteligencia. No sabe leerlo por sí mismo. Y se rebela contra Dios, y en vez de sentir la dicha de las palpitaciones amorosas del corazón; en vez de dejar que sus labios entonen himnos de amor y de alabanza que glorifiquen al Todopoderoso, blasfema y lo niega, porque convencido de su Grandeza infinita no le ha permitido conocer todas sus perfecciones.

El racionalista no admite que el Todopoderoso ten-

ga corazón amante de las criaturas formadas por él, ni admite que su Amor, infinito como todas las facultades divinas, nos sea tan inconcebible como su inmensidad.

¡Inconsecuencias flagrantes, propias de las inteligencias que viven en el error! Forzoso es que tenga miras limitadas quien no se eleva sobre sus sentidos externos.

El filósofo católico, al contrario que los racionalistas, avezado á contemplar á Dios entre la esplendorosa luz de la Teología católica—reina de las Ciencias— conserva la serenidad cuando examina esas altas manifestaciones del Ser Divino.

Habitado á los vastos horizontes que la Fe le descubre, puede, sin desfallecer, sondear la inmensidad con mirada firme.

Apercibe por adelantado las maravillosas relaciones del mundo moral, de la creación inmaterial y de la creación visible, del cielo de los astros y del cielo de los espíritus.

Sabe que entre todas esas creaciones y cielos reina armonía, ritmo, unidad.

Conoce que es tan cierto que el alma es superior al cuerpo, como que el cielo espiritual encierra manifestaciones asombrosas de los atributos divinos.

Por consiguiente, nuestra Fe se acomoda perfectamente á las verdades descubiertas por la Astronomía y el dogma cristiano impera sin trabas en esa inmensidad que la Ciencia humana nos descubre.

Saltan, pues, á la vista las analogías que pueden existir entre los habitantes de los mundos celestes y los pobladores de la Tierra.

Los incrédulos, faltando abiertamente á la lógica, quieren separar nuestra causa de la de los restantes seres dotados de vida por el Sumo Hacedor.

Pero no lo consiguen, como no conseguirían sacar al

globo terráqueo de la órbita que describe alrededor del Sol, y como tampoco lograrían impedir al Sol que continúe caminando hacia una estrella desconocida, que tal vez gravita en torno de un centro misterioso.

La unidad del mundo físico es prueba irrefutable de la unidad del mundo moral.

Se ve, por lo tanto, que la Astronomía, lejos de echar por tierra la Religión revelada, la realza más al permitirnos apereibir una pequeña parte de la magnificencia y la grandeza del plan divino.

La incredulidad presentaba frente á nosotros las humanidades astrales que no son sino miembros de nuestra misma familia.

Las razas inteligentes que, tal vez viven en alejados mundos, forman naciones hermanas de las nuestras. Y si tales razas no descendieran de Adán serían al menos, cual nosotros, hijas de Dios, y, por ende, hermanas nuestras.

No importa que vivan lejos de la Tierra si pretendemos abrazarlos; el corazón nos eleva á ellos, salvando distancias inconmensurables; el corazón nos late gozoso al pensar que las fronteras del amor puro se agrandan infinitamente.

¿No queremos amar á Dios y saber amarle? ¿No ciframos en ese amor el bienestar terreno y la felicidad celestial? ¿Asombrará, pues, que experimentemos alegría inmensa pensando que en las llanuras del infinito existen seres dotados de razón y libertad, y que unen sus plegarias á las nuestras, adorando á Dios, amándole, y glorificándole con sus acciones morales ó en sus cantos de triunfo?

¡Insondable abismo nos separa de ellos! Pero llegará un día en el cual nos sea dado contemplarles con nuestros propios ojos, estrechar sus manos, abrazarles, estar junto á ellos.

S los albergues planetarios no son iguales, espera-

mos llegue la hora de reunirnos con nuestros hermanos en una misma y eterna patria celestial.

Callen, pues, los que dicen que la Ciencia, y especialmente la Astronomía, se opone á la Fe. ¡No! El progreso de la verdadera Ciencia, lejos de crearnos dificultades, impulsa la inteligencia á descansar en los brazos de la Religión revelada.

El progreso de las Ciencias da al creyente fuerza y claridad vivificantes; abre ante nuestros ojos horizontes nuevos, inundándolos con destellos admirables.

¡Hemos, pues, una vez más, comprobado el maravilloso acuerdo que existe entre la Revelación y la Ciencia; entre la Revelación y la Ciencia que son rayos centelleantes del Sol divino!

Felices aquellos que no cierran sus ojos ante esa doble luz, porque caminarán seguros, sin tropiezo, por la sublime vía de la verdad.

FIN